

ve, que siquiera las toca. Yo detesto en Inglaterra la monarquía, la nobleza, el mayorazgo feudal, el trono, la vinculación de su propiedad; yo amo en Francia la República, la democracia, el sentimiento de igualdad tan arraigado, la extensión y la difusión de su propiedad. Pero no puedo ignorar porque la historia lo dice y lo enseña una experiencia diaria, como aventaja la nación monárquica y feudal á la nación democrática y republicana en el arte de gobernarse á sí misma y de sumar el orden social á las libertades individuales, sin que haya otra razón explicativa de tal ventaja, que sus preferencias por un método precioso de lógica evolución poco asequible á los franceses, muy dominados por el demonio de sus revoluciones periódicas. Y sin embargo, Inglaterra también pasó por las fiebres revolucionarios. Aquellos hombres de tanto seso enloquecieron al embriagador mosto de las ideas nuevas; aquel suelo de tanta firmeza osciló, como los suelos ecuatoriales, á impulsos de los terremotos revolucionarios; resistieron los reyes hasta la demencia, innovaron los tribunos hasta la temeridad; la utopía del poder absoluto prendió en las cimas del trono y la utopía de una igualdad niveladora se arrastró por los abismos donde yace la inteligencia del pueblo; esgrimiose con furor el puñal de los asesinos en el corazón de los ministros y el hacha de los verdugos en las gargantas regias; los Consejos militares dispusieron de la suerte de los diputados y las bayonetas de los pretorianos tendieron por el suelo la majestad sublime de su altísima tribuna; las sectas religiosas encendieron todas las pasiones y juntaron á la general tempestad los horrores del fanatismo; corrió mezclada la sangre de los caballeros con la sangre de los puritanos, la sangre de los monarcas legítimos con la sangre de los *cabeceras redondas*, manchando las losas de los templos, las puertas del Parlamento, los armiños de la monarquía; revoluciones sin medida se juntaron á dictaduras sin freno y avances sin objeto á retrocesos sin escrúpulo; porque Inglaterra, fué como navío encallado en las arenas y combatido por los oleajes, teniendo de la inercia y del progreso los inconvenientes, mas no las ventajas, en aquellas zozobras dañósimas, de las cuales no pudo salir hasta echar al agua un peso inútil, el peso de sus viejos ídolos, y recoger en sus velas una brisa favorable, la brisa de su libertad. Esta diferencia entre los períodos revolucionarios y los períodos evolucionistas de Inglaterra, se halla patente demostrando como el mismo pueblo, con su índole secular invariable, con sus propensiones irresistibles, con su carácter fundamental histórico, se mo-

difica profundamente, si pasa de una edad febril á otra edad serena en el tiempo. La democracia para triunfar pudo tener necesidad imprescindible de la revolución; más la democracia para organizarse y vivir pide la evolución constante y progresiva.

Este luminoso ejemplo de Inglaterra corrobora una idea; la de que necesitan los grupos humanos, á quienes conocemos con el nombre de sociedades, la revolución para vencer ciertas resistencias y la evolución para organizar el triunfo sobre tales resistencias conseguido. Por esta causa debemos conceptuar la revolución como la guerra: una plaga del género humano, pero una plaga en ciertos momentos supremos, indispensable á la triste y dolorida humanidad. Pues qué, ¿la guerra de los antiguos helenos con el imperio persa, la guerra de los municipios italos con Federico Barbarroja, la guerra de los libres aragoneses con Felipe II, la guerra de los americanos con la monarquía británica, el combate sublime de los franceses con los reyes europeos coligados contra sus derechos, el titánico esfuerzo con que los españoles hirieron á Napoleón el Grande, la épica lucha entre los republicanos del Norte y los negreros del Mediodía en América, no merecerán eternos aplausos á las gentes y laureles eternos á la Historia? El estado de guerra perdurable aparece, cuando estudiamos los primitivos tiempos humanos, como un estado natural á nuestra especie. Y sin embargo, todos los esfuerzos del siglo deben coincidir en cambiar las porfías guerreras, que, á modo de bárbaro residuo, van quedando todavía sobre nuestro planeta, pero con estado más progresivo de porfías creadoras y profundas. Emulación, concurrencia, esfuerzos encontrados habrá siempre por una ley natural en la humana especie, falta sino del estímulo y del incentivo de sus grandes motores, pero debe haberlas dentro del culto religioso á la vida, serenas, ordenadas, legales, y por su objeto superiores á la dominación y á la conquista. E igual cosa decimos de la revolución. Bárbara, muy bárbara por sus violencias; pero indispensable contra ciertas instituciones ajenas de todo derecho y destituidas de todo espíritu jurídico. Sin la pólvora no saltaran los castillos feudales; y sin la revolución los reyes absolutos. Tell, Rienzi, Orange, Padilla, Cronwell, Washington, Mirabeau, Riego, Manin, Garibaldi, Lincoln vienen á ser como las cimas de los enormes volcanes revolucionarios, cuyas erupciones han devorado con su fuego las viejas bárbaras tiranías, y cuyas lavas han cubierto de nuevo sedimento nuestro suelo social. Pero nada

prueba que la revolución ha triunfado como que le suceda la evolución. En el planeta, cuando *el humus* aparece, la tierra concordante con el espíritu y con el organismo humanos, la evolución graduada y lenta comienza también, demostrando como debemos tales armonías al curso eterno de los siglos, nunca fatigados y nunca interrumpidos en su inacabable movimiento. Las revoluciones muchas veces no concluyen de un golpe con los viejos crímenes, pero abren el camino conducente á concluirlos por múltiples reformas progresivas y en serie. No hay en una evolución las invectivas resonantes de los profetas, el ara donde se inmolan los redentores, las legiones de sublimes héroes muertos desde las Termópilas de los espartanos hasta el Rischmond en que los últimos defensores de la servidumbre se guarecían, los espectáculos sublimes del espíritu en erupción gigantesca, los súbitos cambios de las perspectivas sociales, el himno de Tirteo y la Marsellesa de l'Isle, el discurso de Mirabeau y las epopeyas de Milton ó de Víctor Hugo; pero, en cambio, la reflexión se sobrepone al sentimiento, los estadistas al tribunado y á la profecía, los principios económicos á los elementos políticos, una legislación madura y práctica de suyo á las improvisaciones reveladoras, el progreso medido á los sacudimientos que muchas veces extraen de los abismos del planeta manantiales copiosos para fecundarla; pero que muchas veces también impelen atrás y abren el abismo sin fondo de una revolución violentísima.

La señal mayor de los tiempos, la característica del movimiento contemporáneo, dígase cuanto se quiera en contra, es la evolución. Y esta evolución medida y graduada, muestra que la democracia baja de sus viejas idealidades teóricas para encarnarse con mayor ó menor pureza en la viviente realidad. Hace tres lustros no más, todos los demócratas europeos profesaban una doctrina utopista y tenían un temperamento revolucionario. Esta exageración en la doctrina y esta violencia en el proceder, demostraban que nos había la sociedad creado para lo que necesitaba en aquel entonces, para combatir y para predicar, no para contraer la responsabilidad enorme del gobierno. La misma relación existente por preestablecidas armonías entre los campos y su flora ó su fauna, existe por fuerza entre la sociedad y sus organismos. El desierto de Sahara no ha menester el rengífero de los períodos glaciarios, pues no sabe producirlo. En cambio lo necesitan en sus nieves eternas el irlandés y el noruego: la naturaleza lo produce, cual produce

para los arenales tórridos las especies fuertes y combatientes que sirven para matar y también para limpiar de detritus la tierra; ó las especies viajeras que llevan en sus buches amplísimos el agua y en sus estómagos rumiantes la hierba necesaria para recorrer largos espacios en muchos días. Cuando la inteligencia social se aclara, suspende sus revelaciones el Verbo creador, cuando el bien sustituye al mal, suspende sus esfuerzos el heroísmo. Por elocuentes, por inspirados, por geniales que sean los oradores futuros, ¿cuándo encontrarán los temas de discursos por nosotros encontrados en la trata, en el bazar donde se vendían las criaturas humanas, en la esclavitud y sus ergástulas? Cuan estéticos los veftas, con sus puñales al cinto, su rifle al ojo, sus vestiduras bordadas de lentejuelas y de colores; levantados junto á los arroyos que fluyen bajo laureles, y en que apagaban la sed inextinguible los poetas, entre los desfiladeros amados de los dioses, por los bosques donde todavía resuenan palabras de Pitonisas y versos de Musas, á combatir el turco feroz é inspirar estancias dignas de Píndaro á Leopardi, á Byron, á Quintana y á Víctor Hugo, y cuanto más felices los pacíficos y prosáicos hijos de Grecia libre, que asisten á sus Parlamentos en paz y se gobiernan por sí mismos en completa independencia, bajo la sombra muy grata de sus naturales derechos. Ya no resuena en el cielo europeo aquella salmodia casi hebrea de los cantores italianos, reproduciendo inspirados el salmo plañido por los profetas bajo el sauce de Babilonia y á las orillas del río extranjero, donde se perdían sus lamentos y se disipaban sus lágrimas. Ya no vemos aquellas legiones de tristes proscriptos, no oímos aquellas proclamas de revolucionarios exaltados, que ahora treinta ó más años entristecían á todas las naciones. La tierra está firme y el aire sereno, y es porque nos hemos salido del período revolucionario y entrado en el período evolutivo.

Un paralelo sumario de la democracia del año cuarenta y ocho con la democracia de ahora, confirmará más y más estas ideas. Desde la reacción del año quince, á la revolución del año treinta, Europa descansaba en estos dos principios: 1.º, dentro de cada pueblo el Rey legítimo; 2.º, en las relaciones de los pueblos la Santa Alianza entre los reyes legítimos. La revolución del treinta en Francia, la independencia ya reconocida de Grecia, el sistema parlamentario en España y Portugal, no cambiaron radicalmente aquí el estado de los ánimos, ni el estado de las cosas. En Grecia mandaba un emisario bávaro de la Santa Alianza, como los puestos por los reyes ab-

solutos en Toscana, Parma, Nápoles y Módena; la revolución francesa del treinta guardaba los borbones segundos en el trono, muy pagados así de su autoridad como de su sangre; y la carta de la Restauracion bien poco modificada por una mesocracia, tan conservadora de suyo, que rayaba en reaccionaria; mientras en la península ibérica reinaban una hija de Fernando VII y una nieta de Juan VI, familias muy adeptas á los tiranos del Norte y muy poco inclinadas al régimen constitucional, bajo cuyas sendas instituciones una y otra reinaban. Un silencio profundísimo se tendía sobre todo el espíritu europeo; una parálisis irremediable atrofiaba la voluntad pública. El czar Nicolás I, levantado sobre los encorvados hombros de sus siervos, presidía las torvas y siniestras asambleas de los monarcas; el feudalismo, requebrajado, pero abrumador todavía, se dilataba por Alemania, sobre cuyo territorio pesaban treinta y cinco tronos; en Austria todo se regulaba por el derecho de conquista y en Baviera todo se dirigía por un absolutismo entre sensual y teocrático; flotaba el cadáver de Venecia en las lagunas guardadas por los esclavos de Croacia y caía Milán en el calabozo de los Austrias como en hórrido sepulcro; desde los desfiladeros saboyanos hasta el mar de Sicilia no había más sobre aquellos Estados semi-asiáticos que calaboceros y verdugos de pueblos libres; Turquía guardaba sus cristianos como el domesticador sus fieras á fuerza de hierro y fuego, mientras el Pontífice católico imperaba, como una evocación de los antiguos Césares en el Foro arruinado y en el Capitolio mudo, pues por todas partes la reacción oscura y glacial derramaba con su negror el frío de la muerte sobre nuestra tierra europea, sobre un foco así de luz, que parecía extinguirse y enfriarse, privando de su éther y de su calor á toda la Humanidad. Los que no han vivido en aquel tiempo no saben cuánto dolor se respiraba en todas partes y cuánta tristeza tendía la negra noche sobre todos los espíritus. Mi niñez fué amargada por este horrisono espectáculo. En París y en Londres y en Ginebra y en Madrid mismo, los emigrados parecían más que humanas criaturas, fantasmas luctuosísimas. No había hogar que no estuviese asombrado por la presencia de un proscrito. Entonces repetían los italianos el Poema de los sepulcros escritos por el sublime Hugo Foscolo en circunstancias muy semejantes con las que sugirieron á Jeremías sus trenos inmortales; entonces los húngaros se contaban unos á otros en hogar extraño los ensueños de su gran Profeta Poeteff; entonces trazaban los pensadores alemanes en Zuritt los planos de

la unidad germánica, porque ninguno de los guías liberales, con la mera excepción de Occidente, podían vivir y habitar en su patria.

La revolución del cuarenta y ocho sorprendió á Europa como una tempestad estallando en cielo serenísimo. Ningún rey, ninguno, imaginaba tener tan cerca este día del Juicio Final. A su estallido, irguiéronse los proscritos y tornáronse á una, sin tomar consejo de nadie, hacia la triste ausente patria. Parecía el minuto apocalíptico de la Resurrección de los muertos, en que busca sobre la tierra común cada esqueleto los revestimientos de sus antiguas carnes y la savia de su encendida sangre. Nunca viéramos tan patente la solidaridad europea. Porque una mañana de Febrero el Rey Luis Felipe huía, ensangrentáronse las calles de Madrid; se levantó el amado Rey de Bélgica y dijo que se hallaba dispuesto á dejar su diadema constitucional en las manos de quien se la cediera, en las manos del pueblo; una grande Asamblea Constituyente se reunía en Francfort, proclamando la unidad alemana; el Emperador de Austria tenía que abdicar y el Rey de Prusia tenía que saludar á los muertos por la libertad al golpe de las tropas reales; estremecíase Polonia en su hondo sepulcro y Hungría se levantaba con su centro y con su lanza en completa libertad é independencia; lanzaba Milán los austriacos de su recinto y reaparecían el Dux con el Senado en la Piazzetta de San Marcos; Florencia erigía un triunvirato de pensadores en consonancia con su complexión artística y Roma una República clásica, la cual contaba entre sus profetas á Main, entre sus héroes á Garibaldi; el régimen parlamentario se afirmaba en Saboya y la unidad republicana en Suiza; los esclavos de las colonias francesas veían las argollas rotas en sus muñecas, los grillos en sus piés; donde quiera que brillaba un ideal, descendía sobre la realidad á transformarla y donde quiera que había un oprimido, respiraba la más viva y más consoladora esperanza. Nosotros creíamos entonces que las estatuas de todos los Nabucodonosores habían rodado por el suelo y sumergídose las personas de todos los faraones con sus carrozas y sus caballos y sus caballeros en las aguas del mar Rojo. Sobre todos nuestros corazones se imprimían las palabras, libertad, igualdad, fraternidad; y en todas nuestras retinas brillaban como fulguraciones del Evangelio universal. Un cántico semejante al cántico de Israel, cuando salió de su cautiverio, henchía los aires, entonado por todos los pueblos en coro. Parecía que tocábamos la tierra prometida y que íbamos á entrar en el definitivo derecho.